

Sermón para el sábado de Mayordomía – Noviembre 2018

Bienes y actitudes

Pastor Karl Haffner

Examen sorpresa

Como las clases retomaron hace poco, espero que los estudiantes aprecien la idea de comenzar hoy con un pequeño examen. ¿Preparados? Supongo que recuerdan bastante su clase de Introducción a la Psicología, porque el examen consistirá en la Teoría de motivación de Abraham Maslow y su pirámide de jerarquía de necesidades fundamentales del ser humano.

Pregunta Nº 1: Según Maslow ¿cuál es la primera necesidad que nos esforzamos por satisfacer? (Evaluaremos a medida que avanzamos). Respuesta: Maslow dijo que lo primero que tratamos de resolver son nuestras necesidades físicas o fisiológicas. Necesitamos aire, alimento y agua en primer término, y antes que cualquier otra cosa. Entonces, primeramente están las necesidades fisiológicas.

Pregunta Nº 2: ¿Qué viene después en la escala de necesidades? Respuesta: Según Maslow, el segundo grupo de necesidades tiene que ver con la seguridad: orden, seguridad.

Luego procuramos amor y pertenencia en búsqueda de alcanzar la estima propia. Esto atiende una alta necesidad humana y nos conduce a nuestra última pregunta.

Pregunta Nº 3: ¿Cuál es la necesidad que se encuentra en la cima de la pirámide de Maslow? Respuesta: Autorrealización. A medida que nos desarrollamos, vamos subiendo hacia ese nivel. Al llegar a ese estadio es cuando disfrutamos de la vida, porque podemos disfrutar de nuestras habilidades y la relación con otros.

Traigo esto a colación porque hoy vamos a hablar acerca de niveles de motivación para manejar nuestros recursos. Cuando se trata de nuestros bienes y actitudes, todos vamos madurando a través de estadios de desarrollo.

Al hacer un paralelismo con la pirámide de Maslow, en el tema de la dadivosidad comenzamos en el nivel inferior con las motivaciones más básicas para dar dinero a la obra de Dios.

Primer nivel: Autointerés

El primer nivel de motivación para dar a la obra de Dios tiene que ver con el autointerés – sí, autointerés.

En los albores de la nueva iglesia que me encomendaron abrir en Seattle, estábamos en una situación financiera muy estrecha. La congregación estaba comprometida casi completamente en la educación de los niños y jóvenes, y no sobraba mucho dinero. Más de una vez nos preguntamos si podríamos sobrevivir.

Así fue que un adulto joven que pertenecía a la junta de iglesia presentó una sugerencia que para él sería una forma de arreglar nuestra rueda financiera sin aire. Nos preguntó: “¿Qué gastos semanales tenemos?”

El pastor respondió que eran cercanos a mil dólares

“¿Y cuántos son los que asisten a la iglesia?”

La respuesta fue que eran aproximadamente cincuenta personas.

Entonces el joven dijo: “Muy bien, vendamos entradas. Para poder asistir a la iglesia, cada uno deberá pagar 20 dólares”.

Esta propuesta no tuvo apoyo.

Su razonamiento era que muchos de nosotros nos unimos a organizaciones y las apoyamos por intereses personales. Si nos asociamos a un club de tenis, o de navegación o de lo que sea, damos apoyo financiero porque sabemos que si dejamos de pagar, encontraremos puertas cerradas. Por lo tanto, damos por una razón puramente personal. Es muy simple: pagamos para poder sacar un beneficio personal.

Pero la Biblia no nos enseña este tipo de dadivosidad. No hay ningún pasaje en las Escrituras que autorice este tipo de motivación para dar. Sin embargo, algunos dan únicamente por autointerés. Para ellos, sus ofrendas representan solo lo que deben hacer.

Segundo nivel: Obediencia

El siguiente nivel de motivación para dar una porción de nuestras entradas a la obra de Dios es por obediencia espiritual. En este nivel la persona da para el Reino, porque Dios nos lo ordenó así.

Consideremos la historia de Mateo 8:5-9

Al entrar Jesús en Capernaúm, se le acercó un centurión pidiendo ayuda.

–Señor, mi siervo está postrado en casa con parálisis, y sufre terriblemente.

–Iré a sanarlo –respondió Jesús.

*–Señor, no merezco que entres bajo mi techo. Pero basta con que digas una sola palabra, y mi siervo quedará sano. Porque yo mismo soy un hombre sujeto a órdenes superiores, y además tengo soldados bajo mi autoridad. Le digo a uno: “Ve”, y va, y al otro: “Ven”, y viene. Le digo a mi siervo: “Haz esto”, y lo hace. **

En otras palabras el centurión estaba recalcando que como él pertenecía al mundo militar, sabía acerca de autoridad y sumisión.

Hay quienes adoptan esta actitud cuando se trata de sus bienes. Dado que la Biblia ordena: *“trae los diezmos a la casa”* ellos dan por un sentido de deber.

Hay un estudio muy interesante llevado a cabo en la Universidad Cornell, que tiene que ver con el cerebro y la ddivosidad. Descubrieron que algunos dan por un sentido de deber. Ellos quieren obedecer a Dios, y dan, pero lo hacen a regañadientes, no con alegría. Lo que descubrieron es que se activa una parte totalmente diferente del cerebro cuando la gente da no por un sentido de deber, sino con un sentimiento de altruismo genuino. Escuchemos lo que dice este informe: “Estos estudios del cerebro muestran el profundo estado de alegría y deleite que surge de dar a otros. No proviene de ninguna acción sin sentido donde la acción obedece estrictamente al cumplimiento del deber, como llenar un cheque para una buena causa. Por el contrario proviene de cultivar y desarrollar una cualidad de generosidad al interactuar con la gente. Hay una sonrisa, un tono de voz especial y un toque en el hombro. Estamos hablando de un amor motivado por el altruismo”. *Jeanie Lerche Dacis, "The Science of Good Deeds" webmd.com (11-28-05).*

Lo que descubrieron fue que las personas que dan por altruismo, tienen una reducción del 44% de muerte temprana, comparados con quienes dan solo por un sentido del deber. Esto indica que es bueno dar cuando estamos ubicados en este nivel, pero es mucho mejor ir más allá en nuestra dadivosidad y llegar al nivel de la “comprensión bíblica”. Recién allí entenderemos el principio de la mayordomía que brota de las Escrituras. No seguimos únicamente las palabras de la Ley, sino que abrazamos en nuestros corazones el espíritu que está por detrás de la Ley.

Tercer nivel: Comprensión bíblica

Por ejemplo, consideremos un principio básico. A medida que maduramos en Cristo, logramos entender que la Biblia nos enseña que todo lo que poseemos en realidad le pertenece a Dios. Podemos usar nuestros recursos por un tiempo, mientras ocupamos esta tierra, pero no los podremos llevar con nosotros.

El salmista dice: *Del SEÑOR es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan.* (Salmos 24:1)

Salomón dice: *Tal como salió del vientre de su madre, así se irá: desnudo como vino al mundo, y sin llevarse el fruto de tanto trabajo.* (Eclesiastés 5:15)

¿Cómo llegamos a este mundo? Sin nada. Y nos iremos de la misma manera. Lisa Rogack escribió un libro titulado *Death Warmed Over (Muerte que calienta)* que es una combinación de un libro de cocina y un estudio sociológico de la comida y rituales que acompañan a un funeral. Es un libro muy interesante.

Ella comienza con la historia de un hombre que muere en su cama, en su propio hogar. Él puede sentir el aroma de las galletitas de chocolate –sus preferidas– que acaban de salir del horno. Siente deseos de comer una galletita más antes de morir, así que desliza su cuerpo fuera de la cama y rueda escaleras abajo, llegando a la cocina. Allí, con mano temblorosa consigue asirse de una galletita, cuando siente el toque punzante de una espátula que golpea su mano.

–Quita tu mano –reclama su esposa– son para el funeral.

¡Así es la condición humana! Salomón tenía muchas, muchas galletitas, y pensaba... *quiero una más... apenas una galletita más antes de morir, y seré feliz.*

Pero una noche, sintió el toque de la espátula como un golpe: “No te pertenecen, son para el funeral”.

En este nivel comenzamos a entender y seguir lo que la Biblia nos enseña acerca de dar. Tomamos en serio las enseñanzas de Jesús que dijo: *No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido carcomen, ni los ladrones se meten a robar. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.* (Mateo 6:19-21)

¿Qué es lo que atesoramos? Robert Fulgham escribió una experiencia. “Un día, cuando salía al trabajo su pequeña hija le entregó dos bolsas de papel. Una contenía su almuerzo, y cuando él le preguntó para qué era la otra bolsa ella respondió:

–Tiene algunas cosas; llévalas contigo.

A la hora del almuerzo él miró la bolsa (digamos que era una bolsa vieja de papel muy arrugado) y encontró que tenía dos cintas, tres piedras, un dinosaurio de plástico, un resto de lápiz, un pequeño caracol, crema para labios, dos chocolates Kiss y trece monedas de un centavo. Se rió entre dientes, terminó su almuerzo y colocó rápidamente todo en la bolsa.

Al regresar a casa su hijita preguntó:

–¿Papi, y mi bolsa?

–¿Qué bolsa? –inquirió el papá.

–La que te di esta mañana.

–Oh, esa quedó en mi oficina, ¿por qué?

–Bueno, esas son las cosas que tengo en mi cartera, papito. Son cosas que realmente me gustan. Espero que te gustó entretenerme con eso, pero ahora las quiero de nuevo. ¿No perdiste la bolsa papi, no? –Gran llanto...

–No, no, solo la olvidé allá –acotó el papá.

–Bueno, tráela mañana.

–Sí, seguro, no te preocupes –fue la respuesta del papá”.

Acto seguido recibió un beso de su hijita.

Él relata lo que sigue de esta manera: “Molly me había entregado sus bienes más preciados, todo lo que una niña de siete años atesoraba. Amor en una bolsa de papel; y yo la había perdido. La había colocado en la basura porque nada de lo que encontré, me servía. No fue la primera ni la última vez en que sentí que mi ‘Certificado o licencia de papá’ estaba por expirar. Volví apresuradamente a mi oficina y di vuelta todos los cestos de basura. En eso apareció el encargado de la limpieza preguntando si yo había perdido algo.

–Sí, mi mente.

–¿Qué apariencia tiene? Le ayudaré a buscar”.

Después de revolver varios tachos, encontraron la bolsa. El papá regresó a la casa y Molly le contó la historia de cada uno de sus tesoros. Entonces el papá escribió lo siguiente:

“Para mi sorpresa, días más tarde Molly volvió a darme su bolsa. La misma bolsa arrugada y las mismas cosas adentro. Me sentí perdonado. Durante varios meses, la bolsa iba y venía de tanto en tanto aunque no me resultaba claro por qué. Cierta día comencé a sentir que era un ‘premio para papá’, por haber sido atento la noche anterior. Luego Molly comenzó a prestar atención a otras cosas y perdió interés en este juego de intercambio a medida que iba creciendo. ¿Y yo? Bueno, una mañana volví a recibir la bolsa, como tantas veces antes, pero nunca tuve que devolverla. La bolsa está allí, en mi oficina, como recordatorio de lo que una niña dijo: ‘Aquí está, lo mejor que tengo. Tómalo, es tuyo. Tal como lo tengo, te lo entrego’”.

Entonces, ¿dónde está nuestro tesoro? ¿Dónde está su tesoro? En este nivel de entrega usted comienza a comprender los principios bíblicos acerca de dar, tal como cuando Jesús nos insta a atesorar cosas que tienen valor eterno, porque donde está nuestro tesoro, es donde estará nuestro corazón.

Cuarto nivel: Gratitude

Vayamos al siguiente nivel de motivación, el de la gratitud. Es cuando la persona se confronta con la realidad de la gracia y da en respuesta a eso. El salmista dice en Salmos 116:12 : *¿Cómo puedo pagarle al SEÑOR por tanta bondad que me ha mostrado?*

Milo Kauffman escribió: “La mayordomía cristiana ciertamente no es la legislación de la iglesia ni un esquema para privar a los humanos de su dinero. Es una consecuencia natural de una experiencia con Dios. Es la reacción natural del corazón humano que ha sido tocado por el espíritu divino”.

Leí una historia en el libro de Chris Blake titulado *Swimming against the Current* (Nadando contra la corriente) que me tocó las fibras más íntimas. Comparto con ustedes y quizá les llegue a impresionar de la misma manera.

Una noche, un grupo de soldados se estaba movilizandando en medio de la selva. Cuando llegaron a un claro, el enemigo salió de entre la vegetación. Estaban en una emboscada, y muchos soldados fueron muertos. Los sobrevivientes regresaron a la selva a esconderse.

Soldados de ambos bandos yacían en el claro. De pronto se oyó un gemido. Uno de los hombres no estaba muerto, pero con seguridad quien lo buscara sería alcanzado y no saldría con vida.

El soldado herido gimió por largos minutos en la oscuridad. Entonces el sargento, un hombre joven, respetado por su pelotón, dijo que él iría a buscar al malherido. Los otros trataron de persuadirlo pero finalmente accedieron a cubrirlo mientras él salía al descubierto.

El sargento salió corriendo, levantó al herido y lo acarreó hacia la protección de la selva. Las balas enemigas resonaron. En el momento en que el sargento llegaba al lugar donde podrían socorrer al herido, fue alcanzado por un proyectil y murió instantáneamente.

El soldado herido sobrevivió y cuando fue dado de alta regresó a su hogar. Poco tiempo después que terminó la guerra los padres del sargento lo contactaron. Le contaron que el sargento había sido su único hijo y que querían conocer a la persona a

quien él había salvado. El soldado les respondió y coordinaron una fecha en la que él estaría cerca y se conocerían.

Los padres del sargento prepararon una verdadera fiesta para el soldado. Querían que todo fuese perfecto: él era su invitado de honor. Cuando el muchacho llegó, resultó ser un fanfarrón, displicente, desagradable y egocéntrico. Tuvo un comportamiento superficial e insensible para con los padres. A poco de estar juntos, el matrimonio deseaba ardientemente que el joven se retirara.

Finalmente, el muchacho se dirigió hacia la puerta. Mientras el padre la cerraba, la madre rompió en llanto: “Pensar que nuestro precioso hijo dio su vida por este...”

¿Qué le produjo a usted esta historia? ¿Hay alguien que siente enojo hacia ese soldado? Sospecho que todos estamos disgustados por su comportamiento. ¿Cómo puede alguien ser tan frío e insensible con los padres de quien le salvó la vida? Todos esperaríamos que este soldado desbordase gratitud, ¿verdad?

Bueno, nosotros también fuimos salvados de la muerte por Jesús. Cuando esa realidad invade nuestros corazones, la respuesta más natural es la de devolver con gratitud.

Cierta vez presenté una conferencia en un centro de salud. Estaba algo nervioso; hacía tiempo que sabía que tendría que hacerlo, pero mi ansiedad radicaba en que yo debía hacer mi presentación inmediatamente después del famoso investigador y escritor que ostenta un doctorado de Harvard, Daniel Goleman. Sí, el autor del famosísimo libro *Inteligencia emocional*, que fue un bestseller por más de un año y que vendió cinco millones de copias.

Seis meses antes yo había comenzado a preparar cuidadosamente mi presentación. Escribí un bosquejo y luego estuve practicándolo compulsivamente, para que saliera muy bien. Pero... quince minutos antes de mi presentación me di cuenta que no tenía mi bosquejo. Entré en pánico. Ahí comenzó una especie de carrera. Corrí hacia el auto: corrí a mi habitación; la revisé; revisé el baño, revisé cada lugar donde había estado. Pedí ayuda a varias mujeres de la mesa de entrada del hotel. Todos buscábamos afanosamente.

Dos minutos antes de tener que pasar al estrado una mujer encontró mi bosquejo dentro de una caja vacía que yo había puesto en la basura. Cuando ella me alcanzó los papeles realmente sentí un gran alivio e hice algo que no es muy común para un alemán. La abracé y entonces la conduje a la mesa donde estaban expuestos para la venta todos mis libros y DVDs. Me sentía tan feliz que le ofrecí que se llevase un ejemplar de todos mis libros, porque ella realmente me había salvado de una situación horrible.

Esa fue una reacción natural. Cuando alguien nos saca fuera de un gran problema, queremos darle algo en respuesta a lo que recibimos primero.

Cuando nuestros corazones están repletos del evangelio y comprendemos nuestra condición delante del Santo Dios, que a través de la muerte en la cruz de su Hijo estableció un puente entre el abismo de separación existente entre Dios y la raza humana, en forma natural deseamos responder de una manera tangible. Cuando realmente lo logramos, y queremos volcar nuestros corazones con expresiones de amor, no necesitaremos forzar a la gente a que dé. Las ofrendas van a fluir para la obra de Dios desde corazones convertidos y llenos de motivación pura.

Elena White escribió: “Cuando la luz y el amor de Jesús iluminan los corazones de sus seguidores, no habrá necesidad de encarecerlos o de rogar para que den su dinero o presten servicio”. (*Testimonios para la iglesia* T 5, p. 265)

Nunca sentí que debía promover ningún tipo de dadivosidad que tenía olor a trampa. No quiero que la gente ofrende para la iglesia porque quieren que se coloque una placa con su nombre o porque se sintieron empujados u obligados. No, yo quiero ser parte de una comunidad de fe en la que cada cual dé generosa y desinteresadamente como gratitud por lo que Cristo hizo por nosotros.

Quinto nivel: Amor sacrificado

Estamos llegando al ultimo nivel al cual podemos acceder a medida que madura nuestra actitud de dadivosidad: el del amor sacrificado. Dios quiere que lleguemos a este punto “de maduración” cuando damos de buen grado.

El apóstol Pablo nos dice en 2 Corintios 9:6, 7: *Recuerden esto: El que siembra escasamente, escasamente cosechará, y el que siembra en abundancia, en abundancia cosechará. Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría.*

Veamos: Dios quiere que demos con alegría, en el marco de un espíritu de amor sacrificado. La gracia nos lleva naturalmente al nivel más elevado: el nivel del amor.

Jesús estaba en una fiesta con algunos destacados líderes religiosos. Mientras comían, una mujer que había tenido mala reputación pero que su vida había sido transformada por Jesús, llegó al lugar y entró en el recinto. Traía consigo un frasco de un perfume muy lindo y de mucho valor. Sin decir nada a nadie, llegó hasta donde estaba Jesús y comenzó a volcar el perfume en sus pies y a masajearlos con su cabello.

Puedo imaginar que al día siguiente varios que se enteraron del incidente, la paraban en la calle para decirle cosas como: “¿Qué pensabas? No tienes riquezas, y sin embargo gastaste en este caro perfume, y encima hiciste algo muy necio”.

Y puedo escucharla a ella decir: “Bueno, no espero que usted lo comprenda, pero el amor me motivó. Como Jesús perdonó mi pasado, el presente es para mí una bendición y mi futuro está seguro. A usted le puede parecer tonto o necio, y quizás lo sea, pero lo hice como una demostración de amor”.

Oh, querida familia de la iglesia, mi sueño es que todos nosotros podamos visualizar una cruz manchada de sangre. Allí veremos lo que Jesús hizo para quitarnos los castigos que cada uno merecíamos. Él pagó nuestra deuda. Al ver esto claramente, nos sentiremos abrumados por la envergadura del regalo que él nos ofreció. Y llegaremos a preguntarnos: ¿Por qué me ofreció un regalo tan valioso? ¿Por qué él hizo algo así? Espero que ustedes puedan escuchar la voz de Jesús diciendo: “Por amor. El amor me movió a hacerlo por ti, y por ti, y también por ti... Puede parecer una locura, pero me motivó el amor”.

Entonces, espero que el resultado será un encuentro con Cristo, y creceremos por un impulso interior motivado por la obediencia frente a la visión de la gracia. Y maduraremos hasta llegar al nivel de ser conocidos como una iglesia que derrama

cantidades increíbles de recursos para la obra de Dios, preocupados por los pobres, los necesitados y quienes han sido olvidados o dejados de lado.

Y cuando la gente se pregunte: ¿Cómo una iglesia puede dar tanta cantidad de recursos, es casi increíble?” espero que cada uno pueda responder con humildad: “Porque el amor me motivó a hacerlo”.

**Todas las referencias bíblicas pertenecen a la Nueva Versión Internacional.*